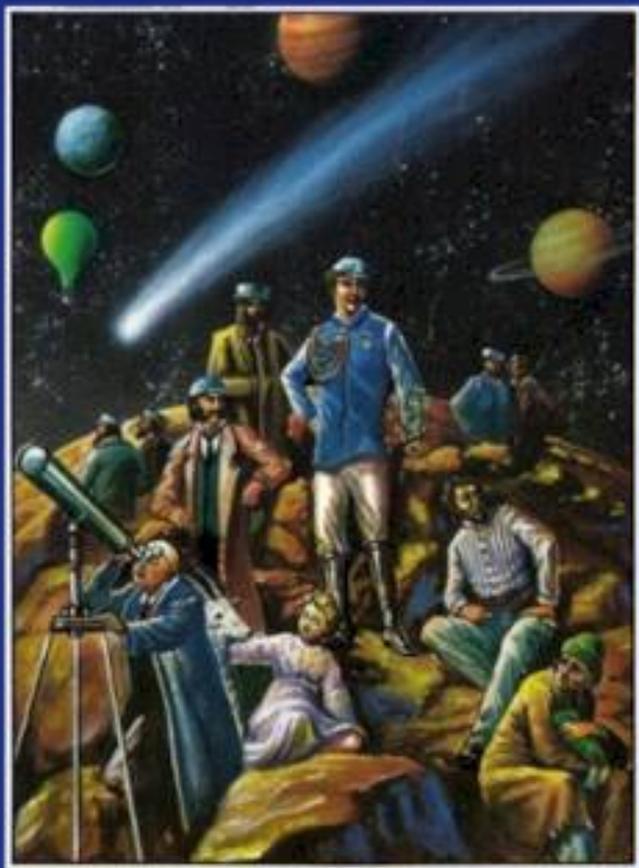


Julio Verne

Héctor Servadac



En la costa de Algiers, el capitán francés Héctor Servadac, su ordenanza Ben-Zuf y el suelo bajo sus pies son barridos de la faz de la Tierra tras el paso de un cometa. El mundo a su alrededor rápidamente cambia y cuando la pareja comienza a explorar, descubren que junto con ellos existen otras personas en este nuevo mundo y juntos deciden formar una pequeña colonia, integrada por un conde ruso, la tripulación de su yate, un grupo de españoles, una joven italiana, un comerciante judío, un grupo de soldados británicos y el profesor francés Palmirano Roseta, que les informa a todos donde realmente están.

Primera Parte

Capítulo I

Cambio de tarjetas

NO, capitán, no cedo a usted la plaza.

—Lo siento, conde; pero por nada ni por nadie modifico mis pretensiones.

—¿De veras?

—Sí, señor.

—Tenga en cuenta, sin embargo, que soy el más antiguo en esa pretensión.

—La antigüedad no da ningún derecho en estos asuntos.

—Le obligaré a cederme el puesto, capitán.

—No lo creo, conde.

—Me parece que una estocada...

—Quizás un pistoletazo...

—Tome mi tarjeta.

—Allá va la mía.

Dichas estas palabras, los dos adversarios cambiaron sus tarjetas, en las que se leía:

Héctor Servadac, capitán del Estado Mayor en Mostaganem, en una; y

Conde Basilio Timascheff, a bordo de la goleta Dobryna, en la otra.

Al separarse, preguntó el conde Timascheff:

—¿Dónde pueden verse nuestros testigos?

—Hoy a las dos, si a usted le parece bien —respondió Héctor—, en el Estado Mayor.

—¿En Mostaganem?

—En Mostaganem.

Y, dicho esto, el capitán Servadac y el conde Timascheff se saludaron con cortesía. Al ir a separarse, el conde Timascheff hizo esta observación:

—Capitán, creo que debemos callar la verdadera causa de este duelo.

—También lo creo yo —respondió Servadac.

—No se pronunciará nombre alguno.

—Ninguno.

—¿Y el pretexto?

—¿El pretexto? Una discusión musical, señor conde.

—Perfectamente —respondió Timascheff—, yo habré defendido a Wagner, lo cual está en mis ideas.

—Y yo a Rossini, lo cual está también en las mías —replicó, sonriéndose, el capitán Servadac. Después, el conde Timascheff y el oficial de Estado Mayor se saludaron y se separaron definitivamente.

La escena que acabamos de relatar habíase desarrollado a las doce, aproximadamente, de la mañana, en el extremo de un pequeño cabo de la parte de la costa argelina, comprendida entre Túnez y Mostaganem y a tres kilómetros, poco más o menos, de la embocadura del Cheliff.

Aquel cabo dominaba el mar en una extensión de unos veinte metros, y las aguas azuladas del Mediterráneo iban a morir a sus pies, lamiendo las rocas de la playa enrojecidas por el óxido de hierro.

Era el 31 de diciembre; el sol, cuyos rayos oblicuos doraban, de ordinario, todas las eminencias del litoral, estaba a la sazón velado por una densa cortina de nubes. Las espesas brumas que, desde hacía dos meses y por causas inexplicables, envolvían el globo terrestre, dificultando las

comunicaciones, entre los diversos continentes, cubrían entonces el mar, con grave peligro para los navegantes.

El conde Basilio Timascheff, al separarse del oficial de Estado Mayor, dirigióse hacia un bote armado de cuatro remos, que en una de las pequeñas ensenadas de la costa le estaba aguardando. Luego que tomó asiento en él, la ligera embarcación se separó de la costa y se dirigió a una goleta de placer que lo esperaba a pocos cables de distancia.

El capitán Servadac dijo, por señas, que se acercara, a un soldado que a veinte pasos de él tenía de las riendas un magnífico caballo árabe, y el soldado se acercó sin pronunciar una palabra. El capitán Servadac montó inmediatamente y se dirigió hacia Mostaganem, seguido de su ordenanza, que llevaba un caballo no menos rápido que el del primero.

Eran las doce y media cuando ambos jinetes atravesaron el Cheliff por un puente que a la sazón estaba recién construido, y a la una y tres cuartos, los caballos, cubiertos de espuma, entraban a galope por la puerta de Máscara, una de las cinco abiertas en la ciudad.

En aquel año Mostaganem tenía quince mil habitantes, la quinta parte de los cuales eran franceses. Continuaba siendo una de las capitales de distrito de la provincia de Oran y capital de subdivisión militar, y en ella se fabricaban pastas alimenticias, tejidos preciosos, obras de espartería y objetos de tafilete.

De allí se exportaban a Francia granos, algodón, lanas, ganados, higos y aves; pero en aquella época hubiera sido inútil buscar vestigios del antiguo fondeadero, en el que apenas podían permanecer los buques durante los malos vientos del Oeste y del Noroeste. Mostaganem poseía ya un puerto muy abrigado, gracias al cual podía utilizar los productos del valle del Mina y del bajo Cheliff.

Precisamente por la seguridad que ofrecía este puerto de refugio, la goleta *Dobryna* se había arriesgado a inver-

nar en aquella costa, cuyas altas peñas no ofrecen abrigo alguno.

En efecto, allí veíase desde hacía dos meses flotar en la embarcación el pabellón ruso y en el tope de su palo mayor el gallardete del yate club de Francia, con su señal distintiva: M. C. W. T.

El capitán Servadac, al penetrar en el recinto de la ciudad, se dirigió al barrio militar de la Mámora, donde no tardó en encontrar a un comandante del segundo de tiradores y a un capitán del octavo de artillería, dos compañeros con quienes podía contar en absoluto.

Estos oficiales escucharon con atención el deseo que les expuso Héctor Servadac de que le sirvieran de testigos en el duelo que pensaba sostener con el conde Timascheff; pero no dejaron de sonreírse ligeramente cuando su amigo dio por verdadero pretexto del lance una simple discusión musical, sostenida por él y su adversario.

—Quizá podría arreglarse el asunto —observó el comandante del segundo de tiradores.

—No quiero que se intente siquiera —respondió Héctor Servadac.

—Unas simples concesiones —dijo el capitán del octavo de artillería.

—No se puede hacer concesión alguna entre Wagner y Rossini —respondió seriamente el oficial de Estado Mayor—. O uno u otro, y como Rossini es el ofendido en este asunto, porque ese loco de Wagner ha escrito de él cosas absurdas, deseo vengar a Rossini.

—Además —dijo el comandante—, una estocada no siempre es mortal.

—Especialmente cuando, como yo, se está resuelto a no recibirla —replicó el capitán Servadac.

Oída esta respuesta, los dos oficiales viéronse obligados a dirigirse al Estado Mayor, donde esperaban encontrar a las dos en punto los testigos del conde Timascheff.

Agreguemos que el comandante del segundo de tiradores y el capitán del octavo de artillería, no creyeron que la razón alegada por su compañero fuera el motivo verdadero que le ponía las armas en la mano. Quizá lo sospecharan, pero no podían hacer sino aceptar el pretexto que les había dado el capitán Servadac.

Dos horas más tarde regresaron, después de haber conferenciado con los testigos del conde y arreglado las condiciones del duelo. El conde Timascheff, ayudante de campo del emperador de Rusia, como muchos rusos en el extranjero, había aceptado la espada, arma del soldado. Los dos adversarios debían batirse al día siguiente, primero de enero, a las nueve de la mañana, en la playa, a tres kilómetros de la desembocadura del Cheliff.

—Hasta mañana, hora militar —dijo el comandante.

—Sí, rigurosamente militar —respondió Héctor Servadac.

Los dos oficiales estrecharon afectuosamente la mano de su amigo y regresaron al café de la Zulma para jugar a los cientos a 150 céntimos el juego.

Servadac se marchó enseguida de la ciudad.

Hacía quince días que no habitaba en su alojamiento de la plaza de Armas, porque, habiéndosele encargado que levantara un plano topográfico, había ido a vivir a un gurbí, situado en la costa de Mostaganem, a ocho kilómetros del Cheliff, donde sólo tenía por compañero un ordenanza. Esta situación no era muy divertida, y cualquier otro que no hubiera sido el capitán de Estado Mayor, habría considerado su destierro como un castigo.

Marchó, pues, al gurbí, haciendo mentalmente versos, a los que pretendía ajustar la música, ya pasada de moda, de lo que él llamaba un rondó. Este pretendido rondó, es inútil ocultarlo, estaba dedicado a una joven viuda con quien pretendía contraer matrimonio, y en él trataba de demostrar que, cuando se tiene la suerte de amar a una persona tan digna de respeto, es preciso amar con la mayor sencii-

llez del mundo. Al capitán Servadac, que rimaba por el placer de rimar, no le importaba que fuese cierto, o no, lo que él afirmaba en sus versos.

—Sí, sí —iba murmurando, mientras su ordenanza trotaba silenciosamente a su lado—, un rondó no deja jamás de producir efecto, porque en la costa argelina se componen pocos, y el mío será bien recibido. Y el capitán poeta comenzó así:

*La verdad, aquel que ama
Honestamente y sencillamente...*

—Sí, sencillamente, es decir, honradamente y con el propósito de contraer matrimonio, y yo que me dirijo a usted... ¡Diablo, esto no es verso! Es difícil encontrar las consonantes. ¡Singular idea la que he tenido al empezar así mi rondó! ¡Hola, Ben-Zuf!

Ben-Zuf era el ordenanza del capitán Servadac.

—Mi capitán —respondió Ben-Zuf.

—¿Has hecho versos alguna vez?

—No, mi capitán, pero los he visto hacer.

—¿A quién?

—A un hombre que voceaba en una barraca de funámbulos una tarde en la fiesta de Montmartre.

—¿Y te acuerdas de ellos?

—No muy bien.

—Bueno, pues no los digas, porque se me acaban de ocurrir mis versos tercero y cuarto.

*La verdad, aquel que ama
Honestamente y sencillamente,*

Lleva encendida una llama

En su corazón ardiente.

Y a esta cuarteta quedaron reducidos los esfuerzos poéticos del capitán Servadac, quien, cuando a las seis de la tarde llegó al gurbí, no había podido componer aún más versos.

Capítulo II

En el que se retrata física y moralmente al capitán Servadac y a su ordenanza Ben-Zuf

EN la fecha en que comienza la acción de esta novela, podía leerse en la hoja de servicios del capitán Servadac, que se guardaba en el Ministerio de la Guerra, lo siguiente:

«Servadac (Héctor). Nació el 19 de julio de 18..., en Saint-Trelody, cantón y distrito de Lesparre, departamento del Gironde.

«Hacienda: 1200 francos de renta.

«Duración del servicio: catorce años, tres meses, cinco días.

«Servicio de campaña: Escuela de Saint-Cyr; dos años. Escuela de aplicación: dos años. En el 87 de línea; dos años. En el 3.º de tiradores: dos años. Argel; siete años. Campaña del Sudán; campaña del Japón.

«Empleo: capitán de Estado Mayor en Mostaganem.

«Condecoraciones: caballero de la Legión de Honor, en 13 de marzo de 18...»

Héctor Servadac tenía a la sazón treinta años de edad, era huérfano, no tenía familia alguna y su caudal era muy escaso. Ambicioso de gloria, si no de dinero, algo calavera, dotado de genio natural, siempre pronto al ataque como a la respuesta, corazón generoso, valor a toda prueba, protegido por el dios de las batallas, aunque jamás rehuía el peligro, y poco hablador para ser gascón, lactado durante

veinte meses por una robusta viñadora del Medoc, era verdadero descendiente de los héroes que florecieron en las épocas de las proezas guerreras.

Tal era en su aspecto moral el capitán Servadac, joven encantador, predestinado por la naturaleza para realizar empresas extraordinarias y protegido desde la cuna por el hada de las aventuras y por la de la fortuna.

Físicamente, era también Héctor Servadac un gallardo joven; era alto, esbelto y gracioso, y tenía cabellera negra, naturalmente rizada, lindas manos, lindos pies, bigote elegantemente levantado, ojos azules y mirada franca.

Debemos convenir, sin embargo, en que el capitán Servadac no tenía más ciencia de la que necesitaba, cosa que reconocía él mismo y que no tenía inconveniente en confesar. Rehuía el trabajo siempre que podía, porque era naturalmente tan perezoso militar como detestable poeta; pero como aprendía y se asimilaba todo con suma facilidad, había podido salir de la escuela con buena nota y entrar en el Estado Mayor. Además, dibujaba bien, montaba admirablemente a caballo, y el indomable saltador de las caballerizas de Saint-Cyr, el caballo sucesor del famoso tío Tomás, había encontrado en él un domador perfecto. Había sido citado con frecuencia en la orden del día y referíanse de él numerosos rasgos de valor.

En una ocasión conducía a la trinchera una compañía de cazadores a pie.

La cresta del parapeto, acribillada en cierto paraje por los disparos del cañón, había cedido y no ofrecía altura suficiente para cubrir a los soldados contra la metralla que silbaba bastante espesa en torno de ellos. Al ver que los soldados vacilaban, el capitán Servadac subióse al parapeto y, atravesándose sobre la brecha, la tapó completamente con su cuerpo, diciendo:

—¡Pasad ahora!

Y la compañía pasó, en medio de una granizada de balas, ninguna de las cuales tocó al oficial de Estado Mayor.

Desde que salió de la escuela de aplicación, exceptuando el tiempo ocupado en las dos campañas del Sudán y del Japón, estuvo siempre destacado en Argel. A la sazón, desempeñaba el cargo de oficial de Estado Mayor en la subdivisión de Mostaganem, especialmente encargado de los trabajos topográficos en la parte del litoral comprendida entre Túnez y la desembocadura del Cheliff. Habitaba un gurbí; pero como le agradaba vivir al aire libre con toda la libertad que un oficial puede tener, no se apresuraba a realizar las tareas de que estaba encargado.

Le convenía aquel género de vida semiindependiente, tanto más cuanto que sus ocupaciones no le impedían tomar dos o tres veces por semana el tren para asistir a las recepciones del general en Orán, o a las fiestas del gobernador de Argel.

En una de éstas fue donde vio a la señora de L..., a quien estaba dedicado el famoso rondó, cuyos cuatro primeros versos acababa de componer. Dicha señora, viuda de un coronel, era joven, hermosa, muy reservada, algo altanera, y no advertía, o no quería advertir, las atenciones de que era objeto. El capitán Servadac no se había atrevido aún a declararle su amor; pero sabía que tenía rivales, uno de los cuales era el conde Timascheff. Esta rivalidad era la que iba a poner a los dos adversarios frente a frente con las armas en la mano, sin que la joven viuda lo sospechase y sin que su nombre, respetado por todos, hubiera sido pronunciado una sola vez.

Con el capitán Servadac vivía en el gurbí su ordenanza Ben-Zuf, servidor adicto y fidelísimo que tenía el honor de cepillar al oficial, y que no habría vacilado en elegir entre las funciones de edecán del gobernador general de Argelia y las de asistente del capitán Servadac. El asistente no tenía ninguna ambición personal respecto de sí propio, pero la tenía grande respecto de su amo, y todas las mañanas miraba el uniforme para ver si durante la noche había aumen-

tado el número de estrellas en la levita del capitán de Estado Mayor.

Ben-Zuf no era indígena de Argelia, como podría suponerse al oír su nombre, porque éste no era sino un apodo. Pero ¿por qué aquel asistente se llamaba Ben-Zuf, cuando su nombre propio era Lorenzo? ¿Por qué Ben, cuando era de París y aun de Montmartre? Los etimologistas más sabios no hubieran podido explicar semejante anomalía.

Ben-Zuf no solo era de Montmartre, sino originario del famoso cerro de este nombre, puesto que había nacido entre la torre de Solferino y el molino de la Galette, y cuando se ha tenido el honor de nacer en estas condiciones excepcionales, es muy natural que el cerro natal inspire una admiración sin límites y que no se vea cosa más magnífica en el mundo. Así, a los ojos del asistente, Montmartre era la única montaña verdadera que existía en el universo, y el barrio de aquel nombre la suma de todas las maravillas del globo.

Ben-Zuf había viajado, pero jamás había visto en parte alguna sino Montmartres, quizá mayores, pero sin duda alguna menos pintorescos Montmartre tiene, efectivamente, una iglesia que iguala en mérito a la catedral de Burgos, canteras que no ceden en magnificencia a las del Pentélico, un estanque del que puede estar celoso el Mediterráneo, un molino, que lo mismo produce harina vulgar que famosas galletas, una torre de Solferino, que se mantiene más erguida que la de Pisa, un resto de los bosques que fueron completamente vírgenes antes de la invasión de los celtas y, en fin, una montaña, una verdadera montaña, a la que sólo los envidiosos se atreven a calificar de insignificante cerrillo.

Más fácil habría sido hacer a Ben-Zuf menudos pedazos que obligarle a confesar que aquella montaña no tenía cinco mil metros de altura sobre el nivel del mar.

¿Habría algún punto del globo que reuniese tantas maravillas?

—Ninguno —respondía Ben-Zuf a todo aquel a quien parecía su opinión un poco exagerada. Esta manía era absolutamente inofensiva y Ben-Zuf no tenía más que un solo pensamiento: volver a Montmartre y esperar la muerte en aquel cerro donde había nacido. Por supuesto, sin separarse de su capitán.

Héctor Servadac, por consiguiente, no cesaba de oír a su asistente la relación de todas las bellezas acumuladas en el distrito decimoctavo de París, y a tal causa se debía que empezara a odiar el tal distrito.

Ben-Zuf, sin embargo, no desesperaba de convencer a su capitán de la conveniencia de no separarse de él nunca. Había cumplido el tiempo de servicio, había obtenido dos licencias y estaba a punto de abandonarlo a la edad de veintiocho años, siendo simple cazador a caballo de primera clase en el octavo regimiento, cuando ascendió a la categoría de ordenanza de Héctor Servadac. Hizo una nueva campaña con su oficial; combatió a su lado en diversas circunstancias, y tal valentía demostró que fue propuesto para una cruz; pero no quiso aceptarla para no verse obligado a dejar de ser asistente de su capitán. Si Héctor Servadac salvó la vida a Ben-Zuf en el Japón, Ben-Zuf salvó la del capitán en el Sudán, y estas cosas no se olvidan nunca.

En suma, por todas las razones expuestas, Ben-Zuf servía al capitán de Estado Mayor con sus dos brazos bien templados, como se dice en metalurgia, una salud de hierro forjada bajo todos los climas, un vigor físico que le daba derecho a llamarse el baluarte de Montmartre, y con un corazón dispuesto a todos los sacrificios.

Ben-Zuf no era poeta como su capitán, pero podía pasar por una enciclopedia viva, por un depósito inagotable de todas las anécdotas militares. Respecto a este punto nadie le aventajaba, pues su felicísima memoria le proporcionaba anécdotas por docenas.

El capitán Servadac, que sabía lo que valía su asistente, le apreciaba y le perdonaba sus manías, que el inalterable